

II

UNA ESCUELA INDUSTRIAL

## II

### UNA ESCUELA INDUSTRIAL

Casi un mes había ya transcurrido desde el día en que María saliera excomulgada del palacio Arzobispal.

El padre Rosa que afrontando la ira del prelado, se había atrevido á acompañar á la ultrajada dama hasta su coche, había después estado varias veces á buscarla en su casa; pero los criados le negaban la entrada diciendo que la señora estaba enferma.

Un día como á las diez de la mañana, recibió María una carta en cuyo sobrecito se leía: *muy urgente.*

Sobresaltada rompió el sobre y leyó lo que sigue:

«Señora:

»Suspendo en mis funciones de sacerdote por disposición de mi prelado y no estando ya ligado en modo alguno con los asuntos del clero; creo cumplir un deber poniendo á usted al tanto del serio peligro que la amenaza.

»Si á pesar de lo que antes he hecho, se digna usted confiar en mi palabra, le agradeceré me conceda una entrevista hoy mismo antes de las doce del día.

»Besa los pies de usted,

*José Angel de la Rosa.»*

Informada María de que Rosa esperaba en la antesala, dió orden de que pasara en el acto.

Pálido y conmovido saludó el sacerdote á la dama.

No vestía ya el traje talar, distintivo de su clase; vestía el traje seglar que á la verdad sabía llevar con elegancia.

Bastaba con mirar al sacerdote para comprender el hondo sufrimiento que devoraba su alma: tal era la expresión de sus ardientes ojos negros y tanta la tristeza de su noble mirada.

—Vengo, señora, dijo, arrepentido; estuve á punto de ocasionar á usted muy grandes males y quiero ahora, á la vez que evitar que otros los hagan, resarcir si es posible los que hice... leo en los ojos de usted su justa desconfianza y este es mi más grande castigo...

—Hable usted.

—Ante todo, señora, vea usted lo que dice este diario.

Cogió María el periódico que el sacerdote le entregaba y leyó el editorial:

«El Clero y la Instrucción.

»Hace ya mucho tiempo que firme en su propósito de combatir la perniciosa influencia clerical que va adquiriendo proporciones alarmantes, *El Liberal* ha hecho en sus columnas una guerra sin tregua y sin cuartel á las audaces tentativas que el funesto partido pseudo-religioso y traidor realiza en las diversas esferas del orden social con la esperanza de reconquistar el insolente rango que ocupó en tiempos pasados.

»En su afán de destruir cuanto de bueno y útil van creando los liberales para ilustrar al pueblo,

no ha vacilado en recurrir á los medios más íntimos y el sermón predicado ayer en la Profesa está allí para probarlo.

»Nuestros lectores recordarán sin duda, que *El Liberal* elogió en una serie de artículos la generosa conducta de una honorable y opulenta viuda que consagró gran parte de su inmensa fortuna á la creación y sostenimiento de una escuela industrial modelo, con el objeto de educar en ella á todos esos niños que huérfanos ó abandonados por sus padres, pululan por las calles, sin pan y sin abrigo, viven en la vagancia, se pervierten y van más tarde sin remedio á engrosar las filas de ese terrible grupo de criminales que pesa sobre la sociedad como un azote y amenaza por su espantoso y continuo incremento producir en no lejano día una terrible catástrofe social.

»En la escuela industrial fundada bajo un régimen severo y de acuerdo con los adelantos de la pedagogía moderna, se enseñan á los niños todas las materias que exigen los programas oficiales de enseñanza preparatoria, de tal modo que al salir de allí puedan entrar de lleno en los estudios profesionales.

»Además, se enseña á cada alumno un arte ó un oficio para que si al terminar los estudios preparatorios no quiere dedicarse á alguna de las profesiones liberales, cuente con honrados y seguros medios de mantenerse, fundar y sostener una familia.

»No contenta la altruísta y caritativa dama con enseñarles un oficio, ha decidido dar á cada uno de los alumnos que terminen satisfactoriamente sus estudios, un completo arsenal de instrumentos ó herramientas relativas á su oficio, y de lo que producen los artefactos fabricados en la Escuela por los alumnos, les va guardando un considerable tanto por ciento en numerario para que al salir tenga cada uno además de la herramienta, la cantidad indispensable para establecer su taller.

»En dicha Escuela reinan la disciplina más severa y la moralidad más estricta: los profesores han sido escogidos entre los mejores del mundo y están espléndidamente retribuidos; los alumnos son vestidos y alimentados por cuenta del establecimiento, constantemente vigilados; no salen más que los domingos en grupos ó secciones dirigidos por vigilantes y no se les permite pasar el día con

sus familias por temor del mal ejemplo y la perniciosa influencia del contacto con las degeneradas y pervertidas clases bajas de nuestro pueblo; pero las familias tienen derecho de visitar á los niños todas las semanas en el lugar destinado al efecto dentro de la Escuela.

»Largos serían de referir, los progresos, mejoras y adelantos que en todo lo relativo á higiene, sport, instalación de talleres movidos por electricidad, y fabricación de todos los principales productos de la industria moderna se han realizado en esa Escuela que es uno de los establecimientos que más honran al país y que mejores frutos dará en un porvenir no muy lejano.

»Pero el intransigente clero, refractario y tenaz opositor de cuanto tienda á ilustrar y emancipar las clases sociales, ha encontrado que esa Escuela es atea, que no se enseña allí á los niños la religión de sus mayores y ayer un alto personaje de la Iglesia ha dicho desde el púlpito que los padres de familia no deben permitir que sus hijos concurran á un colegio donde pelagra la salvación eterna de su alma y se ha atrevido á insultar con insidiosas é hipócritas insinuaciones á la digna y

honorable señora que se ha sacrificado en aras de la felicidad y el porvenir de nuestra juventud, declarando que está excomulgada.

»Ante tamaña infamia *El Liberal* sabrá asumir la actitud que corresponde, y desde luego pone á disposición de la honorable, virtuosa y distinguida señora viuda de Estévanez, las columnas de su edición de la tarde y le ofrece el incondicional apoyo y la empeñosa cooperación de sus redactores».

—¡Lo esperaba!—dijo María con una tranquilidad que asombró á Rosa.

¿Tiene usted alguna otra cosa que decirme?

—Sí, señora, y creo que es más interesante: personas de gran influencia instigadas por el Arzobispo se han acercado al Gobierno; sé que el Ministro del ramo presentará hoy mismo en el Acuerdo, una solicitud firmada por varios de los padres que tienen hijos en la Escuela industrial, pidiendo se permita á los alumnos pasar todos los domingos al lado de sus familias; esto que á primera vista parece carecer de importancia, sé que será el principio de una serie de dificultades suscitadas con el

exclusivo objeto de crear un pretexto para clausurar la Escuela.

—No creo que lo consigan: los padres han aceptado todas las condiciones impuestas al colocar allí á sus hijos; pero los que no estén conformes quedarán en libertad para llevárselos. Sin embargo, hablaré con el Ministro y él me dirá lo que ha resuelto.

—Tenga usted gran cuidado, señora, el Ministro pertenece en cuerpo y alma al clero, por más que él aparente lo contrario, estoy seguro de ello, debe usted desconfiar...

—Desconfiaré cual desconfío de todos...

—Lo dice usted por mí, señora; pero yo le suplico no me condene antes de oirme...

—No le condeno, pero me extraña que me crea usted tan imprudente que llegara á confiar en un enemigo...

—¡Oh, no señora, no!, exclamó el sacerdote con los ojos anegados en lágrimas, si dentro de tres días logro dar una prueba satisfactoria de que no pertenezco ya al clero y de que á quien pertenezco en cuerpo y alma es á usted, ¿puedo esperar que me perdone y me acepte por amigo?

Había tanto dolor y tal sinceridad en las frases de aquel hombre, que María contestó sin vacilar:

—Si en el plazo que usted mismo ha fijado, trae la prueba que dice, me honraré llamándome su amiga.

—Pues bien, señora, dijo el sacerdote, si dentro de tres días no he vuelto á ver á usted, le juro por mi honor que será porque habré muerto.

En cuanto Rosa salió, María escribió al Ministro, llamó á un criado, le dió la carta y le ordenó: *volando al Ministerio y esperar contestación.*

Eran las once.

A las doce un lacayo anunciaba á María la llegada del Ministro.

Era éste un hombre casi viejo, pero las maravillas de su sastre y los prodigios de su peluquero le hacían aparecer casi joven.

Saludó con irreprochable cortesía, se sentó muy cerca, frente á frente de la viuda, y entre ambos se entabló el diálogo siguiente:

—Mucho agradezco á usted, señor, la deferencia...

—Usted sabe, señora, que mi único deseo es servirle como esclavo...

—Gracias, señor, he molestado á usted porque me han dicho que varios padres de familia han presentado un ocurso al Ministerio, en que se trata de algo que se relaciona con mi Escuela, y me han dicho también que este ocurso sería hoy mismo presentado y apoyado por usted en el *acuerdo*.

—En efecto, señora, esto iba á ser cierto, pero ya no lo es después de haberla visto: estoy comprometido á trabajar en contra de esa Escuela, y seré franco, estoy comprometido de tal modo, que de no hacerlo así tendría que dimitir; pero usted sabe lo mucho que la quiero y haré cuanto me sea posible por salvarla: tiene usted un terrible enemigo...

—¿El Arzobispo?

—No, la Iglesia toda.

—En efecto es terrible enemigo.

—Pues bien, señora, de usted sólo depende... una sola palabra de sus labios y de aquí mismo me voy á presentar mi dimisión, me pongo al frente de la Escuela y desde hoy comienzo á luchar contra los que ya entonces serían nuestros comunes enemigos. ¿Qué me responde usted?

—Simplemente que no.

—Pues entonces, señora, siento mucho decir á usted que antes de un mes, su Escuela habrá sido clausurada.

—No, no señor, está usted equivocado: mi Escuela quedará clausurada desde luego: hoy mismo iré á ver al Presidente, le expondré los motivos que me obligan á dar tal paso; antes de un mes habré salido para los Estados Unidos y antes de un año habré fundado en Nueva York un establecimiento semejante. Para que los hijos de mis compatriotas puedan aprovechar los beneficios de la Escuela, me llevaré conmigo á todos los alumnos cuyos padres me los quieran dejar. ¿Están contentos usted y el Arzobispo?

—¡Ah!, no señora, no, perdón mil veces, si el amor que usted me inspira pudo inducirme á decir lo que he dicho, es que estaba y estoy desesperado, casi loco.

Desde aquel triste día en que usted me rechazó tan duramente, le juré que jamás volvería á importunarla con mis ruegos y me resigné á callar y sufrir en silencio; pero hoy no pude contenerme... Perdón, señora, quiero que mis hechos sean los que hablen por mí.

Al decir esto, sacó de su bolsillo un pliego escrito, lo puso en manos de María y diciendo á la vez: *sin condiciones*, se despidió galante y cortesmente.

Era aquel pliego la famosa solicitud de los padres de familia.

Cuando María se quedó sola, se miró al espejo, y una triste sonrisa contrajo dolorosamente sus labios.

— ¡Soy hermosa, pensó, y á mi hermosura debo mis desgracias!

El primer hombre á quien amé, me arrebató la honra.

Don Alfonso, ese no, ese fué bueno, y sin embargo le hice mucho mal con mi belleza; pero él fué el que me inspiró este profundo amor á todos los que sufren, á todos los humanos; él me enseñó á hacer el bien por amor al bien mismo, y legándome su nombre y su fortuna, me colocó á la altura en que hoy me encuentro; gracias á esto podré llegar á realizar la grandiosa obra de regeneración con que él había soñado.

Pero habrá que luchar contra todas las ambiciones y todas las pasiones de los hombres.

El clero me persigue, ve en mí un obstáculo á sus miras tenebrosas y envía ese desgraciado sacerdote, que en el fondo me parece noble y bueno; me le envía con la negra misión de perderme y mi fatal hermosura le encadena y le enloquece...

¿Á dónde irá á parar? ¿De qué será capaz en su locura? ¿Qué negros sufrimientos, qué espantosos peligros me amenazan?

El Ministro, ese viejo lascivo, quiere también poseerme, le empujan hacia á mí, hacia mi carne y mis encantos de hembra, los últimos impulsos de una virilidad pervertida y asquerosa, *la lujuria senil*: es también enemigo peligroso.

¿Qué querrá el periodista liberal que ha solicitado hablar conmigo?

¿Querrá sólo dinero, sólo influencia, ó querrá también lo que los otros?

¿Podré yo sola contra tantos enemigos?

¡Ah!, mi querido Rafael, mi desgraciado hermano; tú confiaste al morir en que yo sola podría salvar á tu hijo.

Para él y para tantos otros niños huérfanos, abandonados, sin pan, sin dicha, sin instrucción,

sin porvenir; para ellos he fundado yo la Escuela, y por ellos, por su felicidad, lucharé hasta la muerte.

¡Y sí los salvaré!

Tengo fe y voluntad y con fe y voluntad se alcanza todo.

Realizaré la magna, la sublime obra de redención, soñada por el altruísta Alfonso (1), por el santo y... ¡Haré el bien á pesar de los hombres siempre malos y á pesar de los dioses siempre falsos!

---

(1) El Dr. Alfonso Estévanez, protector de María y de su hermano Rafael, cuya muerte hemos referido en el libro anterior á éste, intitulado «Desequilibrio».

### III

## APOSTASÍA